



CASTELLANOS. Toño y Félix, los dos componentes de Candeal, están convencidos de que el folklore es un elemento de identidad cultural fundamental, especialmente para Castilla y León.
FOTO HENAR SASTRE

CANDEAL, grupo folklórico que cierra las fiestas

«Hay que escarbar para hallar las raíces de Castilla y León»

Toño y Félix son los dos componentes del grupo 'Candeal'. Desde hace seis años sus jotas, rabeladas, coplas y romances son la traca final de las actuaciones de la Plaza Mayor en San Mateo.

Ellos lo achacan a que el público gusta de su estilo, y no a prebendas políticas de color alguno. De hecho, para 'Candeal' buen político es quien trabaja por Castilla y León, independientemente de

su ideología. Ellos, por su parte, buscan con sus canciones y con su investigación sobre el folklore reencontrar las raíces de la identidad cultural castellanoleonesa.

Santiago Martín.

SON viejos conocidos de los vallisoletanos: Candela lleva seis años cerrando con su actuación el ciclo de espectáculos en la Plaza Mayor, y la llenan siempre. Detrás de esa picardía que es su estandarte, hay una actitud seria, de investigación en las raíces de la identidad cultural castellanoleonesa con el declarado propósito de forjar así una identidad cultural para la tierra que les vio nacer.

—¿Cómo consigue Candeal llenar una plaza?

—Será porque lo hacemos muy bien —dice Félix entre risas, luego, más serio continúa—; bueno, el mérito no es nuestro sino del público, que responde muy bien. Toño añade: —También puede ser porque el nuestro es un folklore divertido, pícaro.

—¿Las rabeladas no caen nunca en la grosería?

—No —responden al unísono—, hay una línea que separa lo pícaro de lo obsceno, y sabemos distinguirla.

—¿Se puede hacer una rabelada a costa de un político, o eso significaría para Candeal no volver a la Plaza Mayor?

—Se puede, por supuesto, y lo



DESPEDIDA. 'Candeal' en San Mateo 1994. FOTO HENAR SASTRE

hemos hecho, aunque bajo la forma de coplillas de ciego. Sin embargo, no es algo gratuito; nos metemos con los políticos

que 'se pasan'.

—¿Hay alguien del panorama político actual a quien le dedicaríais una?

—Ahora a nadie en especial, pero si les cantaríamos una copla a los castellanos apáticos, a aquellos que no sienten su tierra, nuestra tierra.

—Las divergencias y envidias entre provincias, ¿no dificultan ese sentir común?

—Sí, pero existe una cultura que nos aglutina, aunque hay que buscar mucho para hallar sus raíces. Nos parece triste que sólo nos sintamos castellanos por oposición a los vascos o a los gallegos.

Candeal ha paseado su música tradicional por toda España, aunque confiesan que se sienten dolidos por el rechazo que han detectado en Cataluña o el País Vasco a contratar grupos que no sean autóctonos.

—Todas las culturas son válidas; es absurdo que exista ese enfrentamiento interno cuando hay problemas que nos afectan a todos, como los que nuestro ingreso en la Unión Europea ha causado a los agricultores, comenta Toño.

—No nos damos cuenta de la necesidad de estar unidos —añade Félix—, Castilla y León está cayendo en una especie de moderno feudalismo donde los políticos se apoltronan, y se dedican a explotar cada uno a sus siervos mientras le dan algo al rey para que les deje en paz.

La espuela

Miedo al lunes

RAFAEL VEGA

LOS domingos otoñales manejan la tristeza con gran facilidad. Esta tarde, la precipitada anochecida (maldita la hora en que se puso en marcha) bajará el telón con un golpe rotundo e implacable. Agárrense porque se nos helará la sangre cuando nos demos cuenta de que al último coletazo estival le quedan unas horas para archivar en la memoria. Un breve sueño, plagado de pesadillas laborales, y entraremos empujados al Lunes —no a un lunes cualquiera—, al primer Lunes de Penitencia, el primer lunes sin esperanza de asueto cercano; un lunes al que le seguirá un martes igualmente pegajoso.

Aunque no podemos abandonarnos tan pronto a la condena. Hoy, la fiesta será más ordenada (ayer nos agotamos del todo), pero hay que salir y compartirla. No es el día adecuado para dar la murga a los vecinos hasta las cinco de la madrugada. Probablemente hoy baje alguno y se lleve la manta a la cabeza. Pero debemos salir, sí, para darnos mutuamente el pésame y unirnos en nuestra desgracia.

Una vueltecita de zapatos limpios y pipas para ver a Candeal o a Festi Davini; habrá que ir al Caño Hondo para emocionarnos en la despedida de los fuegos hasta que ruede la lagrimita con el último trueno, el que arranca los aplausos; en fin, todo ello muy tranquilo y recogido. Si bien antes —faltaba más—, hay que completar el rito: un pinchito moruno, de los de aguja de puntos que no necesitan ni mostaza; un bocadillo de calamares, con cuidado de no atravesarnos el cielo del paladar con un palillo escondido; una tapita de lacón con pimientos, torreznillos calentitos, morcilla de Cigales o de Zaratán, hasta que alguien (¡Maldición! Por qué habremos quedado con el aguafiestas de Jacinto) mire su reloj y nos diga solemne y rotundo: «Bueno, ya es la hora».

La piel suave de la uva nos ha metido en este lío de festejo con final otoñal. Justo es, que brindemos por ello con un buen vino de la tierra, afrontando serenamente el fin del ocio y el comienzo de los días nefastos; con la certeza de que la condena que comienza mañana es innecesaria porque somos inocentes.

